

JUAN JOSÉ SAER

William Rowe

Traducción de Patricia Gola y Enrique Flores

El novelista, ensayista y poeta argentino Juan José Saer murió el sábado 11 de junio en París. Era el más importante escritor argentino desde Borges. Nació en un pueblito del norte de la provincia de Santa Fe en 1937 y vivió en París desde 1968. Autor de doce novelas y cuatro libros de cuentos, también publicó dos volúmenes de ensayos y dos libros de poemas.

Aunque pasó la mayor parte de su vida adulta fuera de Argentina, el mundo de ficción que inventó, poblado de personajes que reaparecen de un libro a otro, echa sus raíces en la zona del norte de Argentina conocida como el Litoral. Como todo joven de la provincia, fue un lector voraz de todo lo que caía en sus manos. Poetas como Juan L. Ortiz y Hugo Gola jugaron un papel importante en su formación, igual que su trabajo en el Instituto de Cine de Santa Fe.

Aunque obtuvo el Premio Nadal en España por su novela *La ocasión*, publicada en 1988, nunca recibió el tipo de reconocimiento internacional que se le dio a novelistas como García Márquez, cuyos nombres se hicieron sinónimos de la Novela Latinoamericana. Saer fue absolutamente claro e intransigente en su rechazo al culto del "realismo mágico", el exotismo y otras cosas por el estilo, que se convirtieron en signo de identidad de las novelas que se jactaban de ser latinoamericanas. Él llamaba a esto "ghetto de la latinoamericanidad" y veía en ello la continuación de una mentalidad colonial que venía no sólo de los lectores europeos sino también del nacionalismo latinoamericano. Advertió, asimismo, el peligro de intentar convertir a la literatura en un instrumento inmediato de cambio social. Lo que no quería

decir que sus libros rehuyeran la política. Por el contrario, *Nadie, nada, nunca* (1980) es, entre otras cosas, una respuesta literaria, intransigente, al terrorismo de Estado que asoló a Argentina en la década de los setenta.

Ya en los años veinte, Borges había hecho hincapié en la lógica del nacionalismo en la literatura: ¿por qué los escritores argentinos tenían que escribir sobre los gauchos y no sobre el universo? La respuesta de Borges reivindicaba la herencia de toda la literatura occidental. El acercamiento de Saer era distinto. No había nada de lo ya escrito que la ficción pudiera tomar como punto de partida: “Al principio, el escritor de ficción sólo puede tener una teoría negativa. Lo ya formulado no le sirve de nada. La narrativa es una práctica que produce su propia teoría conforme avanza”.

La necesidad de comenzar una y otra vez se convierte en un movimiento circular que caracteriza gran parte de su prosa. Nada está garantizado. El material de la experiencia es al final la cosa más extraña del universo —es, en realidad, el universo, en la medida en que su materialidad es lo que se convierte en conciencia. Un hombre que nada en un río del norte de Argentina —la escena es de *Nadie, nada, nunca*— encuentra que lo que creía que era el mundo se descompone en una densa masa en ebullición de movimientos mínimos. Esto, que es anterior a la política o a la historia, a los mitos o a las grandes teorías, es un reto para repensar, justamente, el universo que habitamos: un llamado a pensar en nosotros mismos dentro de algo distinto a la historia —un llamado insistente a no dejar que la historia tenga la última palabra.

El entenado se sumerge en documentos históricos para contar la historia de un grumete que llega en un navío español a lo que todavía no era Argentina y ve a una tribu india que iba a ser destruida por la Conquista. Ese genocidio se vuelve una lectura de otros genocidios de nuestro tiempo. Pero la novela va más allá y experimenta “aquellas otras memorias que sólo el cuerpo recuerda”, y que toman la forma, “no de imágenes, sino de nudos

esparcidos por el cuerpo”. Estos depósitos de tiempo vivido en el cuerpo no llevan a la recuperación proustiana del pasado sino a una especie de “materialismo estático” —para usar la frase del propio Saer— que hace de la literatura el vehículo de un tiempo humano interior contrario al tiempo de los estados, las burocracias y los medios de información. Una vez, Saer participó en un debate televisivo francés con el sociólogo Pierre Bourdieu. Bourdieu dijo que la literatura necesitaba adaptarse al mundo de los medios modernos de comunicación. Saer rechazó tajantemente este punto de vista: el papel de la literatura era ofrecer una manera alternativa de experimentar el mundo.

Lo que hacía diferente a Saer como novelista era que la poesía estaba en la médula de su trabajo. Rechazaba la idea de que la novela, simplemente por estar escrita en prosa, ese “instrumento del estado”, está “condenada a la cruz del realismo”. Esto ha hecho de la novela “la más retrógrada de todas las artes hoy en día”. Pensaba que Rimbaud y Mallarmé eran tan importantes para la novela como Cervantes. Su prosa extraordinaria se nutría de una voluntad de romper las barreras entre la prosa y la poesía.